Fausto y el pecado estructural

escrito por

 [**Carlos Maza Serneguet**](https://blog.cristianismeijusticia.net/author/carlos-maza-serneguet)

 -

13 Junio 2023

Seguramente los aficionados al cine habrán reconocido la imagen que acompaña este texto. Se trata de un fotograma de la famosa escena del *Fausto* de F. W. Murnau, adaptación de la célebre obra de Goethe –él fue quien convirtió esta leyenda popular alemana en un clásico de la literatura universal–. La imagen es imponente: Mefistófeles –el diablo, o especie de trasunto terreno de este– extiende sus enormes alas negras sobre la ciudad, esparciendo las semillas de la peste. Antes, en el cielo, se había producido una discusión que recuerda a la del inicio del libro de Job, sólo que aquí el santo paciente ha sido sustituido por el sapiente doctor Fausto, hombre ya anciano que ha entregado su vida a la ciencia y al conocimiento. Tampoco a Dios lo vemos nunca, pero al final el negociado es el mismo: Mefisto sostiene ante un arcángel que todos los hombres son corruptibles, también Fausto. El arcángel acepta que el diablo lo tiente, y ya la tenemos liada. **Si aquel logra arrebatar lo que hay de divino en Fausto, su poder se extenderá sobre toda la tierra.**

Si nos valiéramos de la espiritualidad ignaciana para analizar lo que pasa a partir de ese momento, podríamos decir que la primera de las tentaciones de Mefistófeles es propia de la Segunda Semana de [Ejercicios Espirituales](https://blog.cristianismeijusticia.net/2023/01/20/una-experiencia-de-acompanamiento-de-ejercicios-espirituales). Aquella que se presenta “bajo capa de bien”. Mefisto sabe de los buenos sentimientos de Fausto, quien además ha dedicado toda su vida al estudio y a la investigación: ¿cómo no iba a querer salvar a sus conciudadanos de la muerte que acechaba? Pero el precio a pagar es altísimo: se trata de usar fuerzas que proceden del Maligno; de modo que Fausto se lo piensa. Entonces, Mefisto juega sus cartas con –maligna– inteligencia: le dice que acepte solo por un día esos poderes sanadores que él le ofrece. Ahora sí: Fausto entra al trapo. Sus poderes taumatúrgicos comienzan a hacer efecto, y la gente le alaba como a una especie de mesías. Sin embargo, pronto se dan cuenta de que Fausto no puede mirar a la cruz, y el reconocimiento se torna en desprecio y persecución. El doctor vuelve apedreado a su casa.

En este momento crucial, Mefistófeles considera que, si quiere seguir sometiendo a Fausto bajo su poder, tendrá que devolverle, paradójicamente, todo su antiguo vigor. Ahora ya no se trata de una tentación tan sutil como la primera, sino de algo mucho más grosero y egoísta: si Fausto vende su alma al diablo, volverá a ser joven, y gracias a esa juventud y a la ayuda de aquel, podrá disfrutar de todos los placeres de los que no ha gozado en su vida, pues esta, sentencia Mefisto, solo ha consistido en “libros y polvo”. La vida es placer, y es ahora cuando comenzará de verdad. La tentación es evidente, sí. No tiene nada del pretendido [altruismo](https://blog.cristianismeijusticia.net/2019/05/29/cordones-sanitarios-al-altruismo) de la primera, no. Es lo que llamaríamos, ignacianamente, una tentación de Primera Semana. De libro. Pero Fausto cede. Su vejez –que es su alma; que era su verdad– queda atrapada en un cristal, a buen recaudo de Mefistófeles. El resto es historia, cine, y no conviene hacer más *spoiler*, o repetirla a quien ya la conoce.

¿Por qué exponer aquí, de nuevo y a grandes trazos, el inicio del *Fausto* de Murnau? Que la narración de las tentaciones –y caídas– de Fausto ocupe tanto espacio en este pequeño artículo y que, sin embargo, sobre la imagen de Mefistófeles esparciendo la peste podamos resbalar rápido con un vistazo, nos puede ayudar a **pensar cómo abordamos, desde la espiritualidad cristiana, la cuestión del pecado, del engaño, y de las estrategias que poder seguir frente a él.** Ya hemos visto cómo es relativamente sencillo identificar los movimientos espirituales que está viviendo Fausto, en su tentadora conversación con Mefistófeles. Si fuéramos al texto de los Ejercicios Espirituales, encontraríamos también algunos modos de actuar útiles en esos momentos. Da la impresión, así, de que todo dependa de nosotros, de nuestra mayor o menor sabiduría espiritual, y que si nos dejamos engañar, es porque somos tontos, débiles, pusilánimes… A la vuelta de la esquina de todos estos adjetivos puede estar una sana toma de conciencia –es verdad, a veces somos tontos, débiles y pusilánimes–, sí, pero también una excesiva culpabilización y un excesivo autocentramiento en el interior del que discierne, aunque se meta a Dios en la ecuación: es aquel, el sujeto que discierne, quien al final no ha sido capaz de aplicar aquello que estaba tan claro sobre el papel, y que “a toro pasado” resulta evidente.

La imagen de Mefistófeles esparciendo la semilla de la peste sobre la ciudad nos ayuda a tener una visión de conjunto, más equilibrada. Porque Fausto no solo se enfrenta a un posible engaño interior, en su diálogo con Mefisto. Sus posteriores desatinos y males, que obviamente no se podrían dar sin su cooperación, han tenido su inicio “fuera” de él, en esa escena anterior en la que el diablo crea las condiciones para que la tentación tenga más afilado el aguijón: esparciendo peste, genera enfermedad, dolor y muerte. Pero esa es justo la escena que Fausto y los habitantes de la ciudad no pueden ver. A Mefistófeles sembrando la peste solo lo “ve” el narrador –el Narrador, podríamos decir– y aquel a quien el narrador se lo quiere revelar: el espectador. Solo aquellos que están viendo desde fuera la película saben que hay una fuerza muy potente y terrible jugando en contra de Fausto y de los demás hombres y mujeres de la villa. Estos solo ven a otros hombres y mujeres caer, víctimas de una enfermedad cuyo origen, en el fondo, desconocen.

Frente a fuerzas muy potentes que dañan al ser humano y que parecen escapar a nuestro control, **la espiritualidad no puede solo ofrecer estrategias para discernir bien lo que nos pasa por dentro, cargándonos con toda la responsabilidad del eventual fracaso. Hay fuerzas “fuera” frente a las cuales el “sujeto lúcido” se ve muy desamparado, si no hay otros que le ayuden a ver lo que está pasando, a conocer si se está sembrando peste y cómo.** En ese caso, además de discernir los espíritus dentro de mí, habrá que ver cómo esas fuerzas están generando cruces y crucificados. Discernimiento que no solo lleva a “manejarse” bien en la vida, también a denunciar e intentar cambiar lo que la amenaza. San Ignacio parece estar hablando de algo así cuando, en su ejercicio de las Dos banderas, invita a considerar el sermón del “mal caudillo”. Hay pocas cosas que ayuden más a la batalla interior que la exterior, pidiendo antes gracia al “Narrador” para ver la escena que nos perdimos, esa que está dando lugar a lo que llamamos pecado de las estructuras.

Si alguien le hubiera dicho a Fausto que había sido Mefistófeles quien había sembrado la peste, ¿habría recurrido a él para acabar con ella? ¿La juventud que aquel le ofrecía no le habría parecido, entonces, muy vieja?

[Fotograma de la película *Fausto*(1926) de F.W. Murnau]



[**Carlos Maza Serneguet**](https://blog.cristianismeijusticia.net/author/carlos-maza-serneguet)

Jesuita en formación. Estudia la Licencia en Teología Fundamental en la Pontificia Facoltà Teologica dell´Italia Meridionale de Nápoles. Colabora con la asociación Figli in famiglia en el barrio de San Giovanni a Teduccio.

<https://blog.cristianismeijusticia.net/2023/06/13/fausto-y-el-pecado-estructural>